

Escuela de envejecer

Aprendizaje coral sobre saberes otros, materiales efímeros y poderes para hacer lo que soñamos.

Texto curatorial de la muestra Escuela de Envejecer de Ana Gallardo en el [Parque de la Memoria - Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado](#).

Buenos Aires.

Marzo, 2022.

Autoras: María Alejandra Gatti y Lorena Fernández

Hay una teoría conspirada entre mujeres que dice que la bolsa es mejor que el palo. El palo es la historia asesina de los cazadores alrededor del fuego, hay héroes que matan, hay sangre y épica. La bolsa es la historia de la vida, es la que narra cómo recoger frutos, transportar agua, hacer un amuleto. La teoría de la ficción como bolsa recolectora habla de los vínculos que se establecen en esas historias pequeñas, hermosas, necesarias y no exentas de dolor.

Escuela de envejecer, como gran reservorio de relatos, cobra entre las manos de Ana y todxs lxs que con ella accionan, la forma de un contenedor. Hay aquí, entre un suceso y otro, trazos blandos y sinuosos que dejan vislumbrar un plan: el de contar una historia diferente en un lenguaje caótico y amoroso, transformador y político.

En la Escuela, las experiencias vitales de la vejez forman gestos posibles de ser enseñados y aprendidos. Ana utiliza un método tan simple que emociona: la intimidad de la charla. La atención y el trato se convierten así en herramientas relacionales, amplificadoras de asuntos guardados y violencias invisibles. Dice Ana que lo primero fue una pregunta a su tía Rosita, y que no fue sobre la vejez, sino sobre el amor, porque en el pudor de su juventud no se animaba a nombrar a la vejez de frente. Con Rosita también apareció la acción vinculante del dibujo como red física de la memoria.

*En arcilla hay un árbol, hay un río,
hay una pequeña flor a la derecha,
hay un manchón que parece un ojito.*

A la charla le sigue la acción, porque para aprender hay que practicar. Hay que hacer, y la forma del hacer es la copia. Copiamos y repetimos para entender con lxs otrxs. Ana aprendió a coser, a hacer zapatos, a sembrar una huerta y a cortar el pelo, entre otras cosas. Por ende aprendió sobre cuán firme se sostiene la aguja, cómo se levanta un tomate, qué distancia tiene que haber entre la tijera y los dedos; todas formas del

cuidado que no se aprenden en abstracto, sino con el cuerpo. El cuidado es una tarea que no deja afuera al mundo.

Un hilo recorre las manos de una mujer cosiendo.

Hay otras manos que miran atentas,

que esperan su turno para repetir el movimiento.

Similar a los rituales donde se opera entre muchxs y se expone ante todxs, el hacer público de Escuela de envejecer es un ejercicio de revinculación que transforma a lxs que participan. Un ritmo compartido se despliega en plazas, museos, casas y a la vera del río. La Escuela construye una sombra, un mínimo reparo donde se puede leer en voz alta, cocinar, dibujar, cantar y bailar. Toma forma y se convierte en obra; manifiesta una vida en común.

Es mejor ser un cuerpo de baile que una bailarina.

Es mejor ser un coro que una cantante.

Es mejor el karaoke que la composición original.

En 2008 Ana, junto a sus amigxs, imaginaba un lugar para vivir en la vejez; hoy, en 2022, es en el Parque de la Memoria donde la Escuela de envejecer encuentra su espacio. En tiza sobre un pizarrón o en piedra sobre un muro, es aquí donde se hace el ejercicio de nombrar. Es aquí donde se inscriben los paisajes de otras memorias con la esperanza de reimaginar y reencantar el mundo.

En el comienzo hay viejas,

una charla

y el dibujo de un corazón de tiza

que en el centro tiene escrita la palabra cuore.

Lorena Fernández y María Alejandra Gatti

